

Baldomero Serrano

El caballero de la Revolución

Morazán para principiantes

Segunda Edición, agosto 2008

© *Secretaría de Cultura, Artes y Deportes*

© *Banco Central de Honduras*

Tegucigalpa, Honduras

Autoridades Secretaría de Cultura, Artes y Deportes

Rodolfo Pastor Fasquelle, Secretario de Estado

Rebeca Becerra, Directora General del Libro y el Documento

Autoridades Banco Central de Honduras

Edwin Araque

Concejo Editorial

Óscar Acosta

Marcos Carías Zapata

Héctor Leyva

Salvador Madrid

Eduardo Bärh

Rebeca Becerra

Diagramación y Diseño

Doris Estrella Lainez Aguilar

ISBN

978-99926-10-86-2

Editorial Cultura

Printed in Honduras

Impreso en Honduras

PRESENTACIÓN

En Honduras las impresiones y reimpressiones de libros de diferentes agentes editores (personas y empresas), anualmente se encuentra entre 250 a 350 títulos en diversas áreas del conocimiento: literatura, ciencias sociales, folklore, textos educativos, ciencias jurídicas, entre otras.; produciendo, principalmente las reimpressiones y/o reediciones que en la actualidad la mayoría de las obras de autores –as hondureñas clásicos y claves de la literatura hondureña se encuentren agotados, dificultando los estudios históricos y análisis literarios, y conduciendo a generar su desconocimiento por parte de la ciudadanía hondureña, principalmente de los jóvenes. Según estudios del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe-CERLALC, Honduras y El Salvador son los países de Latinoamérica donde se registran las cifras más bajas en edición y reedición de libros, haciendo énfasis que en Honduras la mayoría son esfuerzos de los mismos autores y autoras. Hasta el momento carecemos de recopilaciones de obras completas de autoras tan importantes como Clementina Suárez, poeta renovadora de la poesía hondureña y premio nacional de literatura, o la obra de Arturo Martínez Galindo y Andrés Morris para ejemplificar entorno a la poesía, el relato y el teatro. Muchas de estas obras en sus primeras ediciones permanecen resguardadas en el Fondo Antiguo Hondureño de la Biblioteca Nacional de Honduras y en la Colección Hondureña de la Biblioteca de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras. La Secretaría de Cultura, Artes y Deportes a través de la Dirección General del Libro y el Documento ha adquirido el compromiso de acrecentar la bibliografía nacional por medio de la edición y reedición con fondos asignados a su presupuesto anual como con colaboraciones de instituciones públicas y/o privadas.

Al igual que sus homólogas de América Latina el **Banco Central de Honduras** tiene una vocación cultural institucional y se ha comprometido con el sector cultural en varios proyectos de importancia para el país. Es con el apoyo de su presidente, licenciado **Edwin Araque**, se ha hecho posible la publicación de 5 libros: *Soñaba el abad de San Pedro* de José Cecilio del Valle, *Anecdotario hondureño* de Froylán Turcios, *Lo esencial* de Alfonso Guillén Zelaya, *Panorama de la poesía hondureña* de Oscar Castañeda Batres y *Morazán, el caballero de la revolución* de Baldomero Serrano. Los beneficiarios directos son las y los jóvenes de nuestro país que asisten a las bibliotecas públicas en busca de información sobre nuestra literatura y nuestra historia, los investigadores e investigadoras, los escritores y escritoras que se encuentran en formación y todos los que comprendemos que la lectura es fundamental para el desarrollo y la formación del individuo.

La Secretaría de Cultura, Artes y Deportes se siente agradecida por este aporte desinteresado porque invertir en la producción bibliográfica fortalece nuestra identidad nacional a través del pensamiento, la investigación y la creación literaria.

I

En 1808, cuando todavía era un muchacho de dieciséis años, Francisco Morazán se trasladó al valle de Morocelí, entonces jurisdicción del curato de Cantarranas, [1] para ayudar a su padre, un criollo de ascendencia italiana dedicado a las especulaciones comerciales. Aquí ganó rápidamente el aprecio de los vecinos y la simpatía y gratitud de los munícipes locales que tuvieron en él a un invaluable auxiliar en el desempeño de sus tareas burocráticas.

Cuánto tiempo permaneció el joven Morazán en Morocelí no está documentadamente establecido, pero más temprano que tarde lo encontramos de nuevo en Tegucigalpa, esta vez como escribiente en las oficinas de don León Vásquez, donde —con esa pasión propia del autodidacto— logra mitigar algunas de sus ansias culturales, puesto que el viejo jurisconsulto, hombre ilustrado y de buena razón, era propietario de una de las pocas bibliotecas existentes en la antigua villa de San Miguel. Francisco empezó a cultivar su intelecto por medio del trato constante con los libros. De la biblioteca de Vásquez pasó a la de Dionisio de Herrera (su pariente político) [2], una de las inteligencias más lúcidas y mejor organizadas de la época.

En la biblioteca de este universitario fundador, que llegaría a ser el primer jefe de Estado de Honduras, el joven Morazán meditó y construyó sus primeras utopías, inclinado sobre las lecturas de los filósofos iluministas y enciclopedistas franceses como Diderot y D'Alembert (autor del *Discurso preliminar de la Enciclopedia*), Rousseau, Montesquieu y Tocqueville. La índole de sus lecturas se imbricaba con el temple de su espíritu libre, colocado —quijotescaamente— del lado de la justicia y en contra del *stabliment* de su época. No es aventurado conjeturar, en consecuencia, que en el período comprendido entre 1810 y 1818, y aun después, realizó tareas y misiones de signo revolucionario destinadas a socavar las bases del gobierno colonial. Lo que es como decir que al influjo de su tío político y amigo entrañable, Dionisio de Herrera, quien ejerció cierto tipo de magisterio sobre él, participó en las actividades subversivas de los patriotas que se reunían en lugares sagrados, como el convento de San Francisco y en casas de personas honorables, como la del ciudadano don Mariano Urdaneta.

Visto así, nos encontramos no solamente ante el más relevante campeón de la causa unionista centroamericana, sino también frente a uno de los más consecuentes precursores de la independencia de los pueblos del istmo, cuyos esfuerzos prepararon el camino para la ulterior fractura con el poder despótico de ultramar padecido a lo largo de tres centurias.

Durante permaneció al lado de don León Vásquez, el joven Morazán asimiló muchos conocimientos sobre derecho, legislación, asuntos administrativos y litigios civiles. En 1818 logró un destino en el Ayuntamiento de Tegucigalpa, donde se

desempeñó como asistente del Alcalde Mayor, el peninsular don Narciso Mallol. En dicho año figuró como testigo en el cotejo de pesas y medidas practicado por el alcalde ordinario de segunda nominación, señor Matías Irías, y se hizo cargo de algunos pleitos judiciales. Poco más adelante se lució en la defensa del ciudadano José León Cabrera, procesado por el delito de homicidio en la persona de un vecino de Ojojona. Para entonces (1819), el impar asistente edilicio había sido nombrado oficial del alcalde de primera nominación y fungía ocasionalmente como su escribano. En lo que respecta al juicio de Cabrera, su gallardo defensor pudo probar las circunstancias exigidas para la legítima defensa y los buenos antecedentes del acusado, finalmente favorecido con el indulto.

Mientras tanto, diversos acontecimientos de orden interno y externo contribuyeron a mantener agitados los ánimos en la villa de San Miguel. En octubre de 1808 la península española fue invadida por los ejércitos bonapartistas. Napoleón convocó al rey de España, Carlos IV, y a su hijo, Fernando VII, a la ciudad gala de Bayona (localizada en los Pirineos Atlánticos, en una de las márgenes del río Adur) con el subterfugio de que intercedería como mediador en los conflictos surgidos entre los miembros de la casa borbónica. Una vez reunidos en Bayona, Carlos y Fernando fueron obligados a abdicar en favor de Napoleón, quien colocó en el trono ibero a su hermano José.

El propósito de Bonaparte era impedir el intercambio mercantil entre Europa e Inglaterra mediante un bloqueo continental; y para esto necesitaba, sin duda, apoderarse de España y de Portugal, ambos con costas en el Atlántico y en el Mediterráneo. La invasión napoleónica encontró presurosa respuesta del pueblo español que se lanzó a la lucha por su independencia. Resultado de esta contienda fue la fundación de una Junta de Regencia que, reunida en Cádiz en 1810, llamó a congregarse en las famosas Cortes conocidas por el nombre de la ciudad anfitriona y en las que se concedió representación a las provincias de ultramar. La anfictionía hispanoamericana también realizó trabajos en la isla de León, único territorio de la península, juntamente con la localidad gaditana, libre del dominio francés.

De las Cortes de Cádiz surgió la Constitución de 1812, jurada en Tegucigalpa en octubre del propio año. Entre los puntos capitales del célebre documento sobresalen aquellos que se refieren a la igualdad, a partir de entonces, entre españoles y americanos; a que la soberanía reside en la nación, la cual no podrá ser patrimonio de persona ni de familia alguna; que en lo adelante los cargos para el gobierno local, expresado a través del ayuntamiento, serán de elección popular y estarán sometidos a la inspección de la respectiva diputación provincial, organismo al que deberán rendir cuentas anualmente; a la creación de las diputaciones provinciales, cada una de las cuales tendrá un presidente, nombrado directamente por el rey y cuyos miembros, a quienes corresponderá ejercer el gobierno político, serán escogidos por el voto de los pueblos.

Hay que agregar que, en lo interno, los insurgentes de la villa de San Miguel luchaban por el establecimiento de la Alcaldía Mayor, suprimida en 1788. Este objetivo fue logrado en 1812, tras el brote de rebeldía popular del primero de enero. Las autoridades peninsulares hicieron esta concesión, según precisa el historiador Rómulo E. Durón, como un medio para pacificar los ánimos exaltados, pues en el lugar no se hablaba de otra cosa que de la independencia, en sus tres vertientes epocales: la de la villa de San Miguel con respecto del gobierno de Comayagua; la que procuraba recuperar con las armas en la mano el pueblo español contra las fuerzas de Napoleón; la que intentaban conquistar los pueblos de México y de la América del Sur, batiéndose contra España, y por cuya causa trabajaban, —siguiendo el ejemplo de San Salvador, León y Granada—, los vecinos de Tegucigalpa, que para esas fechas aspiraban a algo más que a su noble ayuntamiento.

La actividad política de carácter subversivo cundía por toda la villa de San Miguel, las reuniones conocidas como “tertulias patrióticas” analizaban la situación imperante en Sudamérica, México y España, y divulgaban las noticias que, venciendo las dificultades, llegaban a conocimiento de los sectores políticos comprometidos con la insurgencia. Estos sectores estaban formados por criollos, mestizos, mulatos e indios, y contaban con la participación de virtuosos varones de la iglesia, que también los había, siquiera excepcionalmente.

Entre estos precursores de la independencia nacional (sediciosos para los realistas) podemos mencionar a José Antonio Rojas, Juan Francisco Villafranca, Francisco Ariza, Julián Romero, Eduardo Salgado, Gabriel Irías, José Antonio Márquez, Dionisio de Herrera, Juan Estrada, Vicente Caminos, Francisco Juárez, Eusebio Ruiz, Francisco Javier Aguirre, Carlos Joaquín Herrera, Liberato Moncada, Joaquín Rivera, Mariano Urmeneta y al joven Francisco Morazán.

El reinado de José Bonaparte llegó a su fin tras la batalla de Vitoria. Fernando VII recuperó el trono, se declaró rey absoluto y abolió la Constitución de Cádiz. El capitán general José Bustamante y Guerra procedió a cumplir órdenes de la Corona encaminadas a recoger las instrucciones (impresas) del Ayuntamiento de Guatemala a su diputado a las Cortes, canónigo Antonio Larrazábal, y también los documentos titulados Apuntes Instructivos que regidores del propio Ayuntamiento entregaron al indicado parlamentario. En aquellos papeles creía ver el monarca copiadas a la letra muchas de las proposiciones de la Asamblea Nacional de Francia.

No hay pruebas de que se hayan recogido en Tegucigalpa y posteriormente enviado a Guatemala ejemplares de esos escritos, como tampoco existen testimonios de que pasara algo semejante con relación a otros papeles que se mandaron a retirar en 1816, debido a que su doctrina se tenía por subversiva,

sediciosa y destructora del orden público. Con el agravante de llevar en sí faltas de índole teológica.

La Constitución adoptada por las Cortes de Cádiz en 1812 fue abolida por Fernando VII en 1814 y reemplazada por un régimen absolutista, como hemos visto. De este modo surgió en la península un partido político militarista, pero también una fuerza contraria a los métodos represivos de la Corona en las colonias de ultramar. El primero de enero de 1820 se produjo el alzamiento revolucionario acaudillado por el general ibero Rafael del Riego y Núñez en virtud de una conspiración de las sociedades secretas. El alzamiento fue apoyado por el pueblo y Fernando VII se vio en la necesidad de cambiar su sistema absolutista y de restaurar la Constitución gaditana del 12.

II

El retorno de la libertad de imprenta, a raíz de estos hechos, permitió la circulación de dos importantes periódicos en la capital del reino de Guatemala: EL Editor Constitucional y El Amigo de la Patria, el primero dirigido por don Pedro Molina y el segundo, por don José del Valle, ambos a favor de la independencia, aunque con planteamientos tácticos y enfoques políticos diferentes.

En ese lapso regresó a Tegucigalpa, su villa nativa, con procedencia de Guatemala, el abogado Dionisio de Herrera. El 7 de agosto de 1820 éste fue investido con el cargo de Secretario del Ayuntamiento, destino que desempeñó con plena competencia mientras, paralelamente, se constituía en el guía más respetado del movimiento liberador que se gestaba subterráneamente.

La labor conspirativa de Herrera, encaminada a "mover partidas contra la autoridad porque su espíritu sólo caminaba al plan de la independencia absoluta", fue detectada muy pronto por los alguaciles del Alcalde Mayor, don Narciso Mallo quien, sin embargo, aparte de uno que otro informe dirigido a las autoridades superiores, nada pudo hacer en contra del ilustre conjurado tegucigalpense. Como el Alcalde andaba bastante delicado de salud dispuso ausentarse de la villa, a la que no volvió, pues lo sorprendió la muerte en el curso de aquellos días nublados.

Simultáneamente, los sucesos políticos, sociales y militares transcurrían vertiginosamente en el extenso virreinato de la Nueva España. La captura o muerte de los caudillos insurgentes no lograban detener el proceso revolucionario independentista mexicano. Por cada jefe rebelde caído se levantaba uno nuevo. Hidalgo y Allende fueron relevados por Ignacio López y José María Morelos, y éstos por Leonardo, Miguel, Víctor y Nicolás Bravo, Hermenegildo y Pablo Galeana, Manuel Mier y Terán, Mariano Matamoros, Valerio Trujano, Guadalupe Victoria y Vicente Guerrero, campeón este último que mantuvo vivos el espíritu y los ideales de 1810 hasta que se presentó coyunturalmente la ocasión de la entrevista con Agustín Iturbide, cuyo resultado fue el convenio conocido como Plan de Iguala o de Las Tres Garantías, suscrito el 24 de febrero de 1821 en el poblado del mismo nombre, al sur de México, actual estado de Guerrero.

El Plan de Iguala constaba de tres puntos: **1.-** Independencia de la Nueva España (México), aunque bajo un gobierno monárquico, bien del propio Fernando VII, de uno de sus herederos o de otro príncipe real; **2.-** Mantenimiento de la fe católica y conservación de las prerrogativas de la iglesia; y **3.-** Igualdad racial. Lo que significa que tanto peninsulares como criollos, mestizos, indios y negros tendrían los mismos derechos y oportunidades, según méritos y virtudes, y el mismo respeto y protección para sus propiedades.

Iturbide se convirtió en jefe del poder ejecutivo y presidente de la Regencia con el título de Alteza. La monarquía peninsular rechazó la independencia de México y desautorizó al general español Juan D'Onoju, de tendencia liberal, que formaba parte de la junta de gobierno. Sin embargo, ya nada podía hacer para frenar la emancipación. Iturbide fue elevado por el Congreso al rango de emperador constitucional del imperio mexicano, con apoyo del ejército y parte del pueblo.

Los partidos de Chiapas (Ciudad Real), Soconusco y Verapaz decidieron unirse a México de conformidad con los términos del Plan de Iguala o de Las Tres Garantías. Las actas que comunicaban esta trascendental determinación de las autoridades chiapanecas llegaron a Guatemala el 14 de septiembre de 1821, y con ellas una excitativa a emular su conducta.

Gainza —último capitán general de reino de Guatemala— convocó de urgencia a las potestades civiles, militares y eclesiásticas para conocer del asunto. La asamblea se realizó el día sábado 15 de septiembre. Del difícil, apasionado e histórico debate, salió el documento que ahora conocemos como Acta de Independencia de Centro América, cuya redacción en cinco folios estuvo bajo la responsabilidad de don José del Valle, pero con la participación de los trece próceres que la suscribieron.

El acta de proclamación de la independencia llegó a Tegucigalpa en la tarde del viernes 28 del mismo mes. De inmediato el Ayuntamiento de la Villa suscribió una acta de adhesión —redactada por el propio secretario del gobierno edilicio, Dionisio de Herrera— comprometiéndose a reconocer el gobierno que surgiera en Guatemala, y mantener la independencia “por cuantos medios fueran a su alcance, hasta sacrificar sus vidas y haciendas”.

Por su parte, Comayagua también sostenía la causa de la independencia, pero acreditando su voluntad de integrarse a México bajo el imperio de Agustín Iturbide, de conformidad con las cláusulas del Plan de las Tres Garantías. En esto discrepaba totalmente de Tegucigalpa, Los Llanos de Santa Rosa y otros pueblos de Honduras que celebraron entusiasmados la fractura con la monarquía ibérica y se mostraron partidarios de la emancipación absoluta.

Mientras Tinoco de Contreras se manifestaba dispuesto a someter *manu militari* a los desidentes, Tegucigalpa se arrojó sobre las armas y el coronel Francisco Aguirre, comandante de la plaza, solicitó auxilios al capitán Gabino Gainza. También llegaron refuerzos de Olancho, Cantarranas, Texíguat y otros puntos aledaños, aparte de un contingente salvadoreño al mando del sargento mayor José Justo Milla.

Corría el mes de noviembre de 1821. En la vanguardia de las fuerzas republicanas, agrupadas en torno de las autoridades comunales encabezadas por Tomás

Midence y Dionisio de Herrera, sobresalieron figuras principales como Diego Vigil, León Rosa, Esteban Travieso, José Antonio Márquez, Remigio Díaz, Esteban Guardiola y Francisco Morazán, quien aparece como capitán de una compañía de milicianos, y posteriormente como ayudante del comandante de la tropa.

En febrero de 1822 se supo que, a través de Los Llanos de Santa Rosa y con procedencia de Guatemala, se dirigía hacia Tegucigalpa un cargamento de cuarenta y dos barriles de mercurio y una bolsa con 132,000.00 pesos, conducidos bajo la custodia de ciento cincuenta soldados al mando del teniente coronel Miguel Acero. El mercurio venía consignado al comercio local y el dinero a la Casa de Rescates de la Villa.

Temiendo que el convoy sufriera el ataque de los hombres al servicio del gobernador Tinoco Contreras, el gobierno edilicio de Tegucigalpa dispuso confiar al joven Morazán la misión de acudir a su encuentro (haciéndose pasar por un pacífico comerciante y utilizando las veredas más cortas) para desviar su paso del valle de Comayagua y conminarlo a tomar el camino más seguro de San Miguel y Goascorán.

Al frente de una pequeña escolta, presuntamente de arrieros, Morazán cumplió su misión tal como se le había ordenado y sin otras dificultades que las que se le presentaron en la llamada Cuesta de los Manueles, en el Valle de las Piedras (hoy municipio de La Paz), donde fue capturado por un resguardo y conducido a la ciudad de Comayagua. Pero como no se le halló culpable de delito alguno recuperó su libertad después de dos días de arresto (tres, según algunos autores). No es necesario agregar que la absolución del prisionero contó, además, con los buenos oficios de eminentes vecinos de la capital provincial, como el deán don Juan Miguel Fiallos y los señores José María Cabañas y Esteban Travieso.

III

La pugna entre la villa de San Miguel de Tegucigalpa y Comayagua aminoró con la concatenación de los hechos que modificaron la realidad política del istmo. El 23 de diciembre de 1821 el ayuntamiento tegucigalpense celebró una sesión de cabildo abierto (como igualmente se hizo en las restantes provincias) con el propósito de discutir el tema de la anexión al imperio mexicano o mantener la independencia absoluta. Esta última era objetada por Agustín Iturbide en vista de que, según su criterio, tanto Guatemala como México, con intereses idénticos e indivisibles, no podían erigirse en naciones separadas sin exponer su seguridad y su existencia en cuanto tales. Para subrayar sus afirmaciones, Iturbide amenazó con movilizar una fuerte y disciplinada división del ejército de la monarquía en cierne hacía la frontera con Guatemala.

El voto de la corporación edilicia tegucigalpense fue favorable a aceptar lo que decidiera la Junta Consultiva a cuyo cargo se encontraba el gobierno de Guatemala. Esta, luego de realizar el recuento y regulación de los sufragios emitidos por los pueblos que componían las provincias del antiguo reino, declaró la anexión a México con fecha 5 de enero de 1822.

Iturbide se coronó emperador el 21 de junio del mismo año y el 20 de marzo del siguiente se vio obligado a abdicar y abandonar el territorio azteca con destino a Italia. De inmediato, Guatemala convocó una Asamblea Constituyente de Centro América; y Morazán, que se encontraba en esa ciudad, formó parte de la comisión nombrada para dictaminar sobre los estados que conformarían la federación y fijar las respectivas jurisdicciones con miras electorales.

IV

El 29 de agosto de 1824 fue instalado en Cedros el Congreso Constitucional de Honduras, de conformidad con el decreto del 5 de mayo del propio año, promulgado por la Asamblea Constituyente de Centro América, para nombrar los jefes y vice-jefes que deberían ejercer provisionalmente el poder ejecutivo. El congreso decidió residir alternativamente un año en la ciudad de Tegucigalpa y otro en la de Comayagua. El primer año correspondió a la primera. De este modo fue cómo, el 16 de septiembre, la cámara reanudó sus sesiones en la antigua villa de San Miguel y procedió a hacer el escrutinio de las papeletas para elegir autoridades supremas, pero como no se registró mayoría absoluta a favor de ninguno de los candidatos, los cargos se asignaron por nombramiento de los representantes. Como jefe de estado fue seleccionado don Dionisio de Herrera y como vice-jefe José Justo Milla. Herrera asumió sus funciones en el acto y el 25 del mismo mes de septiembre nombró a Francisco Morazán Secretario de Estado y del Despacho General del Gobierno con sede en Comayagua.

Un año después (septiembre de 1825), Domingo Lagos, alcalde de la villa, pero también con funciones de jefe político y delegado de Hacienda, se confabuló con José Ignacio Córdova, comandante de armas de la plaza, para provocar disturbios con el objeto de no hacer entrega de estos dos últimos destinos al ciudadano Diego Vijil. En consecuencia, el presidente Herrera encomendó a Francisco Morazán la misión de trasladarse a Tegucigalpa para someter a los revoltosos.

El 11 de diciembre del referido año 1825 la Asamblea Constituyente de Honduras decretó la Carta Fundamental del Estado. Correspondió al jefe Dionisio de Herrera ponerle el "Ejecútese" y al secretario general de su gobierno, Francisco Morazán, refrendar el documento mediante el cual, entre otras disposiciones, fue creado el Consejo Representativo del Estado. Este quedó conformado, mediante votación de la misma Asamblea, del siguiente modo: miembros propietarios: Juan Miguel Fiallos, Vicente Ariza, Francisco Morazán y Ciriaco Velásquez; miembros suplentes: Felipe Reyes y José María Rivera.

El día 30 del mismo mes, Morazán selló uno de los actos cardinales de su vida íntima: se unió en matrimonio con María Josefa Lastiri Lozano, nacida en Tegucigalpa en el mes de octubre del año de gracia de 1792 —igual que su pareja— como consta en los archivos seculares de la iglesia catedral metropolitana.

V

El cura José Nicolás Irías, vicario del obispado de Comayagua, había desarrollado una fanática campaña de descrédito contra Herrera. Lo acusaba de hereje y de enemigo contumaz de la santa iglesia. Esta actividad de Irías formaba parte de una conspiración fraguada por las fuerzas desafectas al régimen del primer jefe de Estado de Honduras. La conjura culminó con el cuartelazo del día 5 de octubre de 1826. Fracasada la intentona, el jefe Herrera dio al provisor Irías la ciudad por cárcel. El eclesiástico respondió con la excomuniación del mandatario y pocas semanas después (en la medianoche del primero de noviembre) los confabulados atentaron contra la vida de éste y su familia, disparando armas de fuego a través de dos ventanas del dormitorio presidencial. El matrimonio y su pequeño hijo salieron ilesos, pero en la ciudad fue notable la súbita desaparición de conocidos elementos de la oposición política, como el escribano Ciriaco Velásquez y José Rosa Díaz, (bochincherero de oficio), que posteriormente participó en el incendio de Comayagua.

Cerca de tres meses después de ocurridos estos hechos —el 24 de enero de 1827— gentes de la misma laya de Velásquez y Rosa Díaz atacaron el cuartel de Tegucigalpa, pero fueron rechazados por la guarnición local conducida por el comandante de la plaza, Francisco Juárez, y el gobernador político, Jorge Laínez. El día 25 se libró otra acción de armas en Erandique donde el provisor Irías había soliviantado los ánimos. Los alzados fueron batidos por tropas del gobierno y se replegaron a Gracias, bajo el mando del presbítero José María Donaire.

Mientras tanto, por órdenes de Arce —que se encontraba detrás de esta maraña de intrigas y golpes de mano— el coronel Justo Milla salió de Guatemala al mando de doscientos hombres con destino a los Llanos de Santa Rosa, con la misión aparente de custodiar los tabacos almacenados en aquella villa y que, según la ley, pertenecían a la federación, pero de los cuales pensaba apoderarse, supuestamente, el gobierno de Honduras.

Sin embargo, el celo por los tabacos no era más que un pretexto para invadir el territorio hondureño. Así que Milla y sus tropas no se detuvieron en los Llanos (donde los tabacos se encontraban intactos) y avanzaron hacia Comayagua. El 4 de abril de 1827 comenzó el sitio. Milla instaló su cuartel general en los alrededores de la iglesia de San Sebastián, desde donde ordenó el incendio de la ciudad por tres rumbos. El asedio duró treinta y seis días, al cabo de los cuales la ciudad fue entregada al enemigo por el comandante de la plaza, el chapetón Antonio Fernández. La capitulación fue firmada el 9 de mayo de 1827. Herrera fue detenido y enviado en calidad de prisionero (con grillos) a Guatemala.

Tras la capitulación de Comayagua y con el propósito de encontrar seguridad para sus personas, Morazán, Remigio Díaz y José Antonio Márquez se unieron a la

columna que comandada por el coronel nicaragüense Cleto Ordóñez y enviada como refuerzo por el jefe de Estado de El Salvador, Mariano Prado, para auxiliar a los defensores de aquella ciudad. Infortunadamente, el refuerzo llegó con demora, cuando ya la capital hondureña estaba en poder de los sitiadores.

La columna se encontraba acampada en Tegucigalpa y cuando salió de aquí con destino a Nicaragua, Morazán y sus amigos marcharon en sus filas; pero al llegar a Choluteca se separaron a causa de un incidente que podía comprometer su honor: el asesinato del comerciante español Miguel Madueño, cometido por soldados de Ordóñez para robarle, en la hacienda denominada El Hato Grande, entre el 12 y el 15 de mayo de 1827.

Una vez separados de la hueste de Ordóñez, Morazán y sus compañeros resolvieron solicitar garantías al régimen de facto de Justo Milla para reintegrarse a sus hogares. Milla concedió las garantías solicitadas y proveyó salvoconductos a los cuatro baluartes del gobierno depuesto. Sin embargo, Díaz, Márquez y Gutiérrez tuvieron un presentimiento y optaron por buscar un asilo confiable. En cambio, Morazán, crédulo, se dirigió a Ojojona, donde vacacionaba su esposa, doña Josefa, y donde diez horas después de su llegada fue capturado y conducido a Tegucigalpa —el 6 de junio de 1827— por orden del jefe militar de esta plaza, Ramón Anguiano. Morazán recibió una buena lección: lo poco que debe confiarse en los que defienden una mala causa. Lo cierto es que guardó cerca de tres semanas de reclusión y fue sometido a proceso militar. Afortunadamente el prisionero pudo darse a la fuga, fingiendo padecer el mal del escorbuto. Con este ardid logró que se le excarcelara (tras rendir fianza el 28 del mismo mes) para atender su salud en la paz doméstica; pero la noche de esa propia fecha abandonó la ciudad y se dirigió a El Salvador.

En su tránsito para el puerto de La unión habló con el guatemalteco Mariano Vidaurre que iba para Nicaragua, comisionado por el gobierno salvadoreño, con la mira de procurar un avenimiento entre el jefe, don Manuel Antonio de la Cerda, y el vicejefe de aquel Estado, don Juan Argüello, quienes guerreaban entre sí por el control del poder. Vidaurre se interesó porque Morazán y los suyos recibieran auxilios de los nicaragüenses, especialmente del vicejefe Argüello. Este, empero, no pudo prestar ninguna clase de ayuda a Morazán debido a que fue depuesto del mando por el coronel Cleto Ordóñez en connivencia con el ex senador Juan Hernández, como secuela de fricciones internas. El gobierno quedó provisionalmente a cargo del ciudadano don Pedro de Oviedo, y Ordóñez asumió la jefatura de las fuerzas armadas. Este último, olvidado ya del incidente del comerciante Madueño y de acuerdo con el gobierno de El Salvador, proporcionó a Morazán ciento treinta hombres, entre los cuales venían destacados oficiales del desaparecido régimen de Argüello. “Así Ordóñez —según el historiador Miguel Ortega— se deshacía de varios coroneles que no eran sus amigos, y Morazán adquiría el valioso concurso de experimentados militares” [3].

Al frente de este grupo llegó Morazán a la villa de Choluteca, donde se reunió con los coroneles José Antonio Márquez, José María Gutiérrez y Remigio Díaz, sus amigos; hacia aquel lugar convergieron asimismo los contingentes enviados por don Mariano Prado, jefe de Estado de El Salvador, cuya capital se encontraba sitiada por las fuerzas de Arce. Con los soldados salvadoreños llegaron los coroneles Vicente Huevo y Román Valladares. También se presentaron en el lugar el oficial colombiano Narciso Benítez y patriotas de Cantarranas, Texíguat, San Antonio, Tegucigalpa y otros rumbos.

En aquellas mismas fechas se supo que, de conformidad con los planes del presidente Arce, Justo Milla tenía instrucciones de apoderarse de San Miguel y el sector Este de El Salvador. En consecuencia, don Mariano Prado destacó una columna al mando del teniente coronel Gregorio Zepeda para que saliese al paso de las fuerzas de Milla en territorio de Honduras. Milla se encontraba en Tegucigalpa desde el mes de septiembre y al conocer la presencia de los salvadoreños lanzó la vanguardia de sus tropas sobre Sabanagrande, lugar hasta donde aquellos habían llegado. El 28 de dicho mes, atacados por sorpresa, Zepeda y sus hombres sufrieron una derrota total.

Milla permaneció en Tegucigalpa todo el mes de octubre y principios de noviembre. Pero al conocer que Morazán y los suyos se habían puesto en movimiento y se hallaba a doce leguas de la ciudad, en Sabanagrande (lugar donde pocas semanas antes se había librado el encuentro con los salvadoreños), se puso igualmente en marcha para detener su avance. El encuentro entre ambas tropas se efectuó el 11 de noviembre de 1827 en el valle de La Trinidad y Milla fue batido en toda la línea.

El triunfo de La Trinidad, que fue como el despertar del genio militar de Morazán, — escribió Ramón Rosa en su biografía del héroe— dejó libre a Honduras de las fuerzas intrusas que hollaron su dignidad y sus derechos. Honduras había dado una terrible lección a los usurpadores y empezado a castigar al presidente Arce por sus desafueros y golpes de estado. Honduras, antes postrada y escarnecida, se levantaba como Antinoo, más grande después de sus caídas. Honduras no era ya un motivo de desconsuelo, era una esperanza que sonreía, era un estímulo que alentaba el partido liberal de Centro América.

En esta acción de La Trinidad, Morazán ganó sus galones como general en jefe del ejército libertador de Honduras. Así lo anunció a las tropas victoriosas en el mismo campo de batalla el comandante general del Estado Remigio Díaz.

Quince días después de esta victoria, Morazán y el coronel José de Jesús Osejo, ocuparon sin resistencia la plaza de Comayagua al frente de una columna de doscientos hombres. De inmediato, Morazán reunió a los miembros del Consejo Representativo del Estado, cuerpo del que era presidente por elección, realizada — como hemos visto— el seis de abril del año inmediatamente anterior.

Reunido el consejo, nombró a Morazán jefe provisional del Estado, en su condición de presidente de la misma junta, y como vicejefe escogió al ciudadano Diego Vijil. Morazán ejerció la jefatura del estado de Honduras, mientras se mantuvo la federación, en tres ocasiones. La primera de ellas, del 26 de noviembre de 1827 al 30 de junio de 1828. En esta última fecha depositó el mando en el vicejefe de estado, general Diego Vijil, para acudir en auxilio del gobierno de El Salvador, presidido por Mariano Prado y cuya capital se hallaba sitiada por tropas federales, comandadas por el coronel José Antonio Domínguez, quien se había apoderado del departamento de San Miguel, donde cometía todo género de atrocidades.

Morazán se puso al frente de las fuerzas expedicionarias y estableció su cuartel general en Texíguat. Aquí fortaleció sus filas y luego se dirigió a Choluteca, donde emitió el decreto del 4 de junio de 1828, mediante el que se comunicaba que el Jefe Provisional del Estado reasumía desde esa fecha el mando militar "en consideración a que es necesario acabar de organizar una división respetable que obre sobre los enemigos que ocupan por la fuerza varios pueblos del Estado del Salvador, por hallarse unido con el de Honduras para sostener el federalismo".

Zúñiga Huete condensa en los términos que siguen este episodio de la gesta morazánica:

La paz en estos momentos no era completa en el interior de Honduras. El sacerdote Antonio Rivas había promovido un movimiento armado en Opeteca. El coronel José de Jesús Osejo fue enviado a combatir esta facción; pero los rebeldes lo derrotaron el 12 de enero de 1828, y quedaron merodeando en las goteras de Comayagua, de la que terminaron por adueñarse bajo el gobierno de Vijil.

No obstante lo anterior, Morazán se puso en marcha. Penetró a territorio salvadoreño con 600 hombres hasta parar, por un movimiento rápido, en Lolotique, el 25 de julio, a escasos 25 kilómetros de San Miguel, de donde salió inmediatamente en su busca el coronel Domínguez, a la cabeza de 1000 soldados veteranos para presentarle batalla. Acampó en Chinameca, a siete kilómetros de su adversario, desde donde se dedicó a hostilizarlo con frecuentes escaramuzas.

Para ponerse en marcha nuevamente sobre San Salvador, el caudillo hondureño esperaba el concurso de una columna de El Salvador, dirigida por el coronel José Santiago Ramírez, la que estaba por llegar, según avisos llegados de la capital.

Este destacamento tenía la misión de guiar y proteger el paso de Morazán y sus tropas a través del Lempa.

La noticia del acercamiento del coronel Ramírez y su gente llegó al campamento de Lololique el 5 de julio. A medianoche de este día, Morazán y sus tropas se pusieron en marcha pretendiendo burlar la vigilancia del enemigo; pero el servicio de espionaje que tenía Domínguez, le dio aviso del movimiento de los hondureños e inmediatamente siguió

las huellas de sus adversarios, entre las tinieblas y bajo una lluvia inclemente, hasta obligarlos al amanecer del 6 a batirse en una llanura, frente a la hacienda denominada Gualcho.

Las condiciones de las tropas guatemaltecas, en el número y la calidad eran superiores a las de los soldados de Morazán, a quienes tampoco favorecían las condiciones del terreno en que se movían.

El caudillo hondureño se veía obligado a entrar en batalla con gente novata en un sitio incómodo para maniobras bélicas, obstáculos a los que pudo sobreponerse y alcanzar en aquella fecha una resonante victoria sobre los federales que encabeza Domínguez, los que, al verse envueltos, buscaron la salvación, juntamente con sus jefes, en una total desbandada.

El coronel Ramírez llegó a tiempo para perseguir a los fugitivos, capturando a muchos de ellos, en cuenta vecinos de San Miguel que habían asistido al encuentro con el fin de presenciar la derrota de Morazán, tenida por segura. Entre los prisioneros puestos luego en libertad figuró Rafael Carrera, el futuro "caudillo adorado de los pueblos", quien sentaba plaza de corneta en las filas de sus paisanos. Domínguez no paró su carrera hasta llegar a La Unión, donde tomó barco para Guatemala. [4]

El propio Morazán, refiriéndose a este hecho de armas, expresa lo que sigue en sus *Memorias*:

(...) si él fue en sí bien pequeño, produjo sin embargo los mejores resultados, porque economizó la sangre que inútilmente se derramara en las trincheras del Salvador, facilitando la rendición de Mejicanos, y abrevió el desenlace de la revolución de 1828, revolución que tan abundante fue en acciones de guerra ganadas por nuestros soldados a consecuencia del memorable triunfo de Gualcho.

A su regreso victorioso de Gualcho, y en vista de que, como queda expresado, los opotecas terminaron por adueñarse de Comayagua bajo el gobierno de Diego Vijil, Morazán ordenó al coronel José María Márquez recuperar la plaza. Los sediciosos, al mando de Rosa Medina, fueron sorprendidos y desarmados por Márquez el once de agosto. En la refriega perecieron los principales cabecillas de la fracción, a los que se tomaron noventa fusiles y trece barriles de pólvora. Los vecinos de la plaza, siguiendo el ejemplo de los opotecas, entregaron más de sesenta carabinas y un número considerable de municiones. En los próximos días, Morazán, acuartelado en Tegucigalpa, pudo aumentar la división bajo su mando y con ella volvió sobre la ciudad de San Miguel (2 de octubre), ocupada entonces por el general Arzú. Pero como este no quería comprometerse en una acción, dispuso abandonar la plaza para dirigirse a Guatemala, pasando por la villa de Usulután, el llano de La Pava y el departamento de Gracias. Morazán, que calculaba esta retirada, se colocó por un movimiento de flanco en aquel llano. Entonces la vanguardia enemiga tomó posición en la orilla izquierda de un profundo río.

“Era su mira —dice textualmente Morazán en sus *Memorias*— disputarnos este paso, para poder evitar la ocupación de la hacienda de San Antonio, en la que comienza a elevarse la sierra por donde había pensado retirarse. Pero fue arrollado y arrojado al llano, en donde estaba formada la retaguardia, dejando en nuestro poder un cañón. La hacienda fue enseguida ocupada por nosotros, y los contrarios pasaron la noche deliberando, al amanecer se me aseguró que deseaban capitular. Al efecto hablé con el teniente-coronel Aycinena, que había sucedido en el mando al general Arzú. Me ofreció aquel jefe entregar las armas y quedar prisionero con sus principales soldados; pero no a disposición del gobierno del Estado de El Salvador”.

El acta de capitulación fue firmada en San Antonio el día 9 de octubre. Y aquí Morazán puso una vez más de manifiesto su gran generosidad. Ante su propio estupor, los prisioneros quedaron en libertad para volver a Guatemala, no sin antes recibir el dinero necesario para el *prest* del soldado. Generosidad a la que no supieron corresponder aquellos infelices, pues las poblaciones por donde pasaron fueron víctimas de sus saqueos y hasta testigos de un asesinato. De esta suerte, los federales violaron el pacto de capitulación, uno de cuyos artículos se refería a la seguridad de vidas y haciendas de estos pueblos.

Pocos días antes, los sitiadores de la plaza de San Salvador, comandados por el coronel Manuel Montúfar Coronado, igualmente rindieron sus armas, convirtiéndose —como apuntó el héroe— en “prisioneros de los sitiados” que vieron premiado, de este modo, “el valor con que(...) defendieron por tanto tiempo su Patria y sus hogares”.

El 23 de octubre de 1828 Morazán entró vencedor en la ciudad de San Salvador, entre la aclamaciones populares, aunque él, con su usual modestia, había expresado, dos días antes en Cojutepeque: “Yo aprecio en gran manera las demostraciones honrosas con que se me quiere distinguir por unos pequeños servicios con los que no he hecho más que llenar en una mínima parte mi obligación como centroamericano; y desearía se omitiese todo aquello que puede ser molesto y gravoso a unos ciudadanos de cuyos sentimientos y bondad estoy íntimamente penetrado (...)”.

En estos mismos días se produjo una insurrección contrarrevolucionaria en el departamento de Olancho, acaudillada por los individuos Santos Sánchez y Domingo Sarmiento, dizque en protesta por los gravámenes acordados por el gobierno de Vijil y supuestas violaciones y ultrajes de diversa naturaleza. Informado Morazán de los sucesos, dirigió un manifiesto a los habitantes del departamento de Olancho desde su cuartel general en marcha, con fecha 22 de noviembre de 1828, alertándolos a no dejarse engañar por sus propios enemigos, “los nobles y godos de Guatemala”. Mientras tanto, el jefe Vijil ordenaba al coronel José Antonio Márquez salir al frente de la División Pacificadora de Olancho para sofocar la asonada.

VI

En enero de 1829, los vecinos de la Antigua se pronunciaron con el apoyo de los funcionarios más importantes del gobierno de la ciudad. "Sebastián Morales, que era el jefe político, —registra Eduardo Martínez López en su *Biografía del General Francisco Morazán*— asistía a las juntas que tenían los revolucionarios, acordando en ellas no reconocer más autoridades que las disueltas en 1826. Morales fue el que trajo a San Salvador los pliegos en que ponían aquel departamento bajo el amparo de Morazán. Este paso hizo comprender el descrédito en que se encontraban las autoridades intrusas del Estado de Guatemala; Morazán hizo ver al gobierno de El Salvador la necesidad que había de marchar inmediatamente sobre aquel Estado".

El gobierno salvadoreño, compenetrado de la situación, asumió la responsabilidad de organizar lo que se conoció como Ejército Aliado Protector de la Ley, bajo el mando del general Morazán que estableció su cuartel general en la plaza de Ahuachapán. Este ejército llegó a alcanzar los 2,000 hombres, entre hondureños y salvadoreños.

La campaña contra las autoridades intrusas comenzó en los inicios de febrero y terminó el 13 de abril de 1829 a las 10 de la mañana, fecha y hora en que el ejército morazánico entró en la plaza principal de la antigua sede de la Capitanía General del Reino, conforme el numeral 2 del artículo 1 de la Capitulación de Guatemala.

Esta expedición fue uno de los más gloriosos capítulos protagonizados por el impar político y guerrero centroamericano. En ella, el héroe hace gala de su extraordinaria capacidad como estratega, y en su desarrollo tienen lugar las famosas batallas de San Miguelito, Las Charcas y la propia toma de la capital guatemalteca, principal reducto de la pseudoaristocracia y de la reacción clerical de Centro América. Poco antes, otra división del Ejército Aliado Protector de la Ley había restablecido en la Antigua las autoridades disueltas por Arce en 1826 (para formar un gobierno provisional) con el senador Mariano Centeno al frente del ejecutivo por ausencia de Francisco Barrundia. "Este nuevo gobierno —dice Martínez López— desplegó toda la actividad que le fue posible para auxiliar a Morazán con hombres, armas y dinero. Reinstaladas en sus cargos las autoridades federales y las del estado guatemalteco, este último —por acuerdo del Congreso, fechado el 30 de abril— confirió a Morazán el título de Benemérito de la Patria y colocó en su pecho una medalla de oro.

Al promediar el año, el territorio mexicano fue ultrajado por una expedición española de reconquista, comandada por el general Isidro Barradas. El gobierno de Centro América, presidido por don Francisco Barrundia, temiendo una situación comprometedor para la independencia de la República, nombró a Morazán

General en Jefe del ejército con el encargo de tomar las medidas necesarias para la defensa. El jefe de las armas centroamericanas impartió las órdenes concernientes y en seguida se trasladó a Honduras con el objeto de poner fin a las insurrecciones de Olancho y Opatoca.

El 4 de diciembre de 1829 Morazán reasumió la autoridad como jefe del poder ejecutivo del estado hondureño, la cual volvió a depositar veinte días después en manos del consejero Juan Angel Arias para emprender la campaña de pacificación de Olancho. Los pueblos de este departamento comprometidos en la insurrección eran Silca, Jano, La Guata, Zapote, Manto, Guanaco, Yocón, Catacamas, El Real, Juticalpa y las reducciones de Guayape y Palo Atravesado.

Morazán logró la capitulación de los rebeldes el 21 de enero de 1830, en el lugar conocido como Las Vueltas del Ocote, sin disparar un tiro. Algunos historiadores consideran los términos del acta de deposición de las armas como sumamente paternalistas y benevolentes. Los sediciosos aceptaron cesar en sus hostilidades siempre y cuando se les ofreciera garantías de no ser inquietados por su insubordinación; se les exonerara por tres años del servicio militar obligatorio; se les permitiera el disfrute de las rentas de alcabalas y licores, para indemnizar a los perjudicados por la guerra, durante cuatro años; se abolieran las leyes dictadas contra los insurrectos; se retiraran las tropas del general Morazán del territorio departamental; se nombraran autoridades locales, civiles y militares, con el beneplácito de los capitulantes y, por último, el congreso del estado ratificara el acta de rendición.

El 22 de abril de 1830, el héroe de Gualcho volvió a tomar en sus manos la dirección del estado de Honduras, pero la retuvo únicamente durante tres meses con seis días, pues el 28 de julio se vio obligado a depositar el poder estatal en el consejero José Santos del Valle con el fin de viajar a Guatemala, la capital federal, para asumir la presidencia de Centro América, destino para el cual fue escogido por el voto popular, luego de vencer en las urnas a otros dos ilustres candidatos: don José del Valle y don Francisco Barrundia.

En el corto tiempo que se desempeñó como gobernante del incipiente estado hondureño, Morazán emprendió la reconstrucción administrativa; pacificó los pueblos soliviantados por los serviles; mejoró la hacienda pública; dictó medidas para incrementar el número y calidad de las escuelas de primeras letras; propició la primera disposición de carácter agrario en el país (una ley sobre ventas de tierras realengas para facilitar su propiedad a los trabajadores de la tierra); suprimió el fuero eclesiástico; introdujo la primera imprenta y fundó el primer periódico hondureño (*La Gaceta del Gobierno*); fomentó la probidad administrativa; declaró herederos forzosos a los hijos naturales de los clérigos; extinguió las comunidades religiosas; estableció el matrimonio civil y el divorcio; eximió a los indígenas del pago de diezmos y primicias; dispuso que la

administración de los conventos pasara a manos de las autoridades municipales, etc.

El nuevo gobernante de Centro América prestó la promesa de ley el 16 de septiembre de 1830, un día después de la celebración del noveno aniversario de la independencia del istmo. La entrada de Morazán en la capital federal el 14 del citado mes, fue saludada con salvas de artillería, toques de clarín y redobles de tambor.

Con su ascensión al poder supremo por voluntad de los pueblos, expresada a través del sufragio, se plantea la necesidad de introducir profundas reformas en toda la vida social, económica y política. En consecuencia, se cancelan privilegios de casta y títulos de abolengo, se cierran claustros y conventos; la enseñanza pública elemental se declara gratuita y obligatoria; se procura que todos los ciudadanos con capacidad para seguir una carrera profesional tengan acceso a los estudios superiores; el dogma y la escolástica ceden su puesto a la razón; se introduce el *habeas corpus* en el derecho de gentes; se promulgan las leyes de libre emisión del pensamiento; de libre tránsito; de asociación para fines lícitos; de libertad de imprenta y de cultos; se emiten leyes que permiten el matrimonio civil y el divorcio; se celebran tratados comerciales con potencias extranjeras y se establecen relaciones diplomáticas y consulares con todos los países del continente y algunos de Europa.

Ortega indica que a la hora de examinar las realizaciones de Morazán como presidente de Centro América hay que considerar en su conjunto el período convulso en que le tocó ejercer el mando, sin olvidar las limitaciones que derivan de la Constitución Política de la República y la escasez de recursos económicos. Aparte de que en aquella etapa de nuestra historia no hubo sosiego en Centro América, y fue necesario distraer mucho tiempo y recursos en campañas bélicas para sofocar brotes sediciosos de índole separatista.

Roto el pacto federal, Nicaragua y Honduras, gobernadas entonces por los ciudadanos Juan Francisco Molina y José Núñez, respectivamente, suscribieron en la ciudad de León, por iniciativa del primero y con fecha 18 de enero de 1839, un tratado ofensivo y defensivo contra El Salvador, sin previa declaración de guerra.

Zúñiga Huete asienta que, en el fondo, el tratado en referencia tenía por mira unir los contingentes militares de ambos países para terminar de una vez por todas con la república federal y sus sostenedores y establecer un régimen localista en El Salvador, donde sobrevivía una sombra del gobierno efímero de los cinco pueblos unidos. En efecto, en el territorio salvadoreño, concretamente en San Salvador, erigido en Distrito Federal por resolución legislativa del 7 de febrero de 1836, fungía el general Diego Vijil como presidente de la República de Centro América (entidad realmente virtual) y en San Vicente, capital del estado, ejercía el cargo de

jefe del mismo el ciudadano Timoteo Menéndez. En esos propios días el general Vijil nombró a Francisco Morazán jefe del ejército (12 de febrero de 1839), y cuando el territorio de ese estado sufrió la invasión de las fuerzas combinadas hondureño–nicaragüenses, éste las enfrentó con un ejército que —según el biógrafo Eduardo Martínez López— era tres veces inferior en número y, no obstante, les infligió la derrota en la famosa batalla de El Espíritu Santo. [5]

En el mes de mayo del mismo año (1839) el pueblo salvadoreño fue llamado a las urnas para elegir un nuevo gobernante. Los votos de las juntas departamentales dieron la victoria al ciudadano Francisco Morazán por mayoría absoluta. El artículo único del decreto emitido por la Asamblea Legislativa el 8 de julio de 1839 en San Vicente, designó con el título de Benemérito de la Patria al mandatario entrante y señaló el día 11 del propio mes para la toma de posesión.

Los derrotados de El Espíritu Santo firmaron un convenio —que no fue ratificado— con el gobierno de El Salvador, pero sólo como una forma de ganar tiempo para reorganizar y prepararse una vez más para la guerra. Ferrera, que nunca depuso su conducta hostil pese a los acuerdos de paz, reincidió en sus ataques y se apoderó de Santa Rosa de Lima. Entonces el presidente Morazán ordenó al general José Trinidad Cabañas lanzar una expedición sobre Honduras. Cabañas tomó Comayagua el 28 de agosto de 1839, ocasionando la estampida de los miembros del gabinete de ministros con dirección a Olancho, donde traspasaron el poder a Francisco Zelaya Ayes. Luego Cabañas enfiló hacia el oriente y en el lugar conocido por el nombre de Cuesta Grande topó con una columna de olanchanos, que marchaban en auxilio de Comayagua, la batió y continuó hacia Tegucigalpa; de esta ciudad —que ocupó sin resistencia— se encaminó a Choluteca; aquí entró en combate con una guarnición nicaragüense, a la que venció y arrojó al interior de sus fronteras. Cumplida la misión, y luego de un descanso de ocho días, volvió a El Salvador por el lado de Nacaome.

Pero Ferrera —hombre rencoroso y obstinado— [6] había reunido en Nicaragua un considerable ejército (mil quinientos números), dinero y armas para entrar nuevamente en territorio salvadoreño en son de guerra. Esta vez lo hizo por el departamento de Chalatenango. Morazán, en cambio, no disponía más que de una columna de trescientos hombres para preservar la soberanía, la independencia y la libertad del estado de El Salvador. Decidió, en consecuencia, con el propósito de trazar un plan defensivo, conocer de cerca los movimientos de quienes “sin respetar la fe de los tratados” reeditaban los horrores de la guerra, y poniéndose al frente de su tropa se dirigió a Suchitoto, una de las poblaciones más antiguas de aquel estado.

Morazán salió de la ciudad de San Salvador el 15 de septiembre y ya en la madrugada del 16 una partida de retrógrados tomó por sorpresa los cuarteles y se apoderó de la plaza, así como también de la esposa y de las hijas del mandatario.

En seguida, los alzados enviaron una delegación compuesta por los nicaragüenses Pedro Zeledón y Tomás Alfaro, en busca del jefe de estado para conminarlo a depositar el poder en manos del consejero José Antonio Cañas (persona fácilmente manejable), advirtiéndole que en caso de no ceder, sus parientes serían pasados a cuchillo.

Morazán contestó que los rehenes en poder de los facciosos eran sagrados para él, pero que como jefe del estado debía atacar a los autores de aquel delito contra las instituciones republicanas y la seguridad de las personas. "Pasaré sobre los cadáveres de mis hijos —aseguró—, haré escarmentar a mis enemigos y no sobreviviré un solo instante a tan escandaloso atentado". Nombró comandante de la plaza caída bajo el dominio sedicioso al coronel Máximo Cordero y pidió a los heraldos decir a los cabecillas de la revuelta que si evitaban la comisión de desórdenes y acataban la autoridad de Cordero, el gobierno legítimo olvidaría el incidente.

No obstante, Morazán consideró en seguida que los sublevados no eran hombres de honor y que actuaban como instrumentos ciegos de los aristócratas de Guatemala. Además, Ferrera ocupaba ya el departamento de Chalatenango y cada minuto perdido podría ser fatal para la democracia. Así que dio la orden de contraatacar en el acto. En la acción las fuerzas morazanistas recibieron el apoyo de los vecinos de los barrios El Calvario y Santa Lucía de la capital salvadoreña. Se distinguieron como dirigentes de estos refuerzos civiles (no menos de doscientos hombres) los ciudadanos Ciriaco y Miguel Bran, Santos Antonio Valencia, Pedro Azucena, Leonardo Renderos y otros. De este modo, Morazán aplastó la insurrección servil en San Salvador y pudo recuperar, exenta de daño, a su familia.

Paralelamente a estos hechos, Ferrera ocupó sin resistencia la localidad de Suchitoto. Aquí emitió un ultimátum, fechado el 22 de septiembre, en el que pedía a los salvadoreños declarar ilegal e insubsistente la elección de Morazán como jefe del estado y encargar el gobierno del mismo al general Antonio Cañas, quien debería convocar a elecciones para diputados y nombrar representantes a la Convención General de Estados; también pedía a las personas que en ese momento ejercían la autoridad —Morazán y los suyos— desalojar el territorio del estado en el término de veinticuatro horas y fijar su residencia en el punto que se les habría de señalar oportunamente.

Morazán llamó al coronel Enrique Rivas, jefe del escuadrón permanente de Santa Ana, compuesto de setenta hombres —según Martínez López—, de setenta y cinco —según Zúñiga Huete— y de trescientos —según Ortega—. Agregados éstos a los que ya tenía, el vencedor de Gualcho logró reunir una columna de seiscientas plazas y con ella marchó al pueblo de San Martín, destino al que llegó cuando el sol había tramontado. En el ínterin, Ferrera avanzó de Suchitoto a San Pedro Perulapán con la idea de continuar posteriormente a Cojutepeque y allí

incrementar su tropa con seiscientos soldados pertenecientes a la facción retrógrada encabezada por el teniente coronel salvadoreño Escolástico Marín [7]. Morazán descansó en San Martín y en la madrugada reanudó el camino hacia San Pedro Perulapán, a sólo seiscientos kilómetros de distancia, donde se encontraba el caudillo separatista desde la tarde anterior (24 de septiembre) con un ejército de 2,000 hombres, pues le habían llegado refuerzos de Honduras.

Morazán lo sorprendió en su cubil, cuando se disponía a abandonarlo, ocasionándole una absoluta derrota. Pero el partido de los serviles no se dio por vencido. Se movilizó prontamente para rehacer sus tropas. Los gobiernos de Honduras y Nicaragua —confabulados como hemos visto— dispusieron asestar nuevos golpes contra El Salvador, último reducto de los unionistas. Cabañas recibió órdenes de entrar en Honduras con una expedición punitiva para estorbar estas actividades, hizo un largo tramo del camino sin que se le presentaran inconvenientes, pero al aproximarse a Tegucigalpa y en el lugar conocido como La Soledad (13 de noviembre de 1839) se encontró con el enemigo. Se produjo entonces una dura batalla que terminó con el descalabro militar de los serviles que tuvieron un saldo de ciento doce hombres muertos y quince heridos. Cabañas tomó la plaza y en las siguientes semanas se presentó una situación aleatoria e incierta, llena de altibajos, máxime cuando llegó a Tegucigalpa una columna armada procedente de Nicaragua, al mando del coronel Manuel Quijano, de conformidad con los términos de la alianza entre ambos estados. Tras una serie de triunfos y fracasos, como el sufrido últimamente en el llano de La Burrera o El Potrero, Cabañas salió de Honduras, en vista de la superioridad numérica del enemigo, como lo señaló en su informe del 3 de enero de 1840.

VII

El 25 de agosto de 1839, en proclama dirigida a los guatemaltecos, Carrera [8] formuló una declaración de guerra contra el régimen presidido por Morazán en El Salvador. Carrera cometía con esto otro de sus peculiares abusos porque, con razón o sin ella, no correspondía a su persona comunicar ni mucho menos decidir una situación de tamaña naturaleza. De cualquier manera, si lo anunciado no se llevó al terreno de la práctica en aquella oportunidad fue porque en esos días Morazán castigó con estruendosa derrota al "mulato de hierro" [9] en San Pedro Perulapán.

Pero ya el poder ejecutivo de Guatemala tenía autorización de la asamblea legislativa para que el "caudillo adorado de los pueblos" [10] coaligara sus fuerzas con las del hondureño Ferrera, con el propósito de que ambos jefes militares dieran la última batida a Morazán, como dice textualmente Ortega, autor entre cuyos méritos sobresale el de haber rescatado del olvido los documentos que certifican la veracidad de estos hechos y cuya importancia es incuestionable, puesto que sin ellos es imposible alumbrar este segmento histórico poco profundizado de la hazaña morazánica.

Si el brigadier guerrillero no atacó a Morazán cuando, a su petición, el gobierno recibió la autorización para que lo hiciera —reseña Ortega— [11] fue porque el 25 de septiembre del año dicho Morazán había derrotado a Ferrera en Perulapán y Carrera recibió el permiso de agredir hasta el 1° de octubre, seis días después. Mas, en tanto Carrera, Ferrera y el aventurero Quijano estuvieron al mando de ejércitos de Guatemala, Honduras y Nicaragua —según el mismo autor— la amenaza de agresión gravitaba sobre el único gobierno fiel a la unidad federal. Morazán, "antes de que lo agredieran por todos los flancos, y despejado momentáneamente el rumbo de la frontera con Honduras, se decidió por la riesgosa incursión sobre Guatemala, que era el centro del influjo separatista y del conservadurismo, dada la marcada influencia de los clérigos sobre el dueño de la situación: el brigadier Carrera" [12]

Si el monstruo dispensador de infortunios en Centro América se encontraba en Guatemala, había que atacarlo allí, en su propia madriguera. Asumida esta decisión, el vencedor de Gualcho y San Pedro Perulapán hizo lo que tenía que hacer, antes que cualquier otra cosa, en aquellas circunstancias: poner a salvo a su familia. Consecuentemente, en las postrimerías del mes de febrero de 1840 abandonaron El Salvador a bordo de la goleta "Melani" y por el puerto de La Unión, en el océano Pacífico, María Josefa Lastiri y sus hijas Ramona, Paulina y Adela, esta última menor de dos años, en busca de la hospitalidad costarricense. Pero como ésta se les negó, continuaron su viaje con destino a Nueva Granada (hoy Colombia), donde se instalaron en la pequeña y calurosa ciudad de David,

término de la entonces provincia de Veraguas (en la actualidad territorio panameño).

Ni el presidente Mariano Rivera Paz (dócil instrumento de los separatistas y conservadores guatemaltecos), ni Rafael Carrera, jefe de la fuerza armada, ni los Aycinena, ni ninguno de los retrógrados escaleras abajo, previeron una invasión de sus dominios en aquel momento por parte del general Morazán.

El héroe de Gualcho congregó una asamblea extraordinaria, depositó el mando en el vice jefe de estado, José María Silva, traspuso el 11 de marzo la frontera guatemalteca y el 16 dirigió un ultimátum al gobierno servil. El documento fue redactado y suscrito en la hacienda Corral de Piedras [13], ubicada en el sitio denominado actualmente Barberena.

El jefe de estado guatemalteco, Mariano Rivera Paz, hizo un llamamiento a los ciudadanos para que empuñaran las armas: "Ya lo sabéis, valientes guatemaltecos, todo lo que nos interesa defender: la santa religión y un gobierno de equidad y justicia. ¡A las armas, guatemaltecos...! El esforzado general (refiriéndose a Carrera) dirige las operaciones". De inmediato se levantaron barricadas y se dispusieron tropas, bajo el mando del coronel Vicente Cerna, para resistir desde el interior el asalto de los "herejes", mientras el "caudillo adorado de los pueblos" abandonaba el perímetro urbano para ir a ocupar El Aceituno, paraje estratégico a cinco kilómetros de la ciudad amenazada, con dos mil fanáticos.

El 17 de marzo (1840) Morazán instaló su campamento en la Villa de Guadalupe (muy cercana a la capital guatemalteca) con una columna de 900 hombres, al rayar el alba del 18 se adueñó de la plaza. Pero en este dramático momento — como en tantos otros de la historia humana— iba a prevalecer el número sobre la razón, la cantidad sobre la cualidad. La suerte de las armas del progreso empezó a declinar a medida que el sol avanzaba en su carrera.

Los soldados de la democracia cedían terreno ante el empuje de las jaurías de indios que bajaban incontenibles de las sierras vecinas profiriendo alaridos: "¡Vivan los padres benditos! ¡Viva la santa religión!

La división morazánica perdió muchos hombres en esta acción, entre ellos valiosos oficiales y soldados como los coroneles Eugenio Mariscal, Ignacio Pérez, Esteban Ciero, José Antonio Arias, Miguel A. Sánchez, Salvador Padilla y Rafael Bélchez; y los tenientes José Viera, Manuel Aréchaga y Mariano del Río.

Los coroneles Bélchez; Padilla y Sánchez —edecán este último del Héroe de Las Charcas— fueron asesinados el 19 de marzo cuando se encontraban heridos e imposibilitados de defenderse. A Sánchez y Padilla los privó de la vida personalmente el coronel Sotero Carrera, hermano de Rafael, en el hospital general de la ciudad. También en esta misma fecha, fueron reducidas a prisión y

ultrajadas cerca de cien mujeres que marchaban con la tropa de Morazán en calidad de "vivanderas" o "soldaderas". Para entonces las indiadas carreristas sobrepasaban las 2,000 cabezas y sus crueldades y atropellos carecían de medida. "Al ponerse el sol —escribió don Lorenzo Montúfar— los salvajes suspendieron el fuego para cantar la salve. El canto de la salve, escuchado atentamente por Morazán, le hizo conocer que era enorme el número de los sitiadores y comprendió que, no esperando ningún refuerzo por ninguna parte, estaba vencido".

Reunido con el consejo de oficiales, "el mejor hombre de Centro América" planteó la necesidad de emprender la retirada de la plaza, rompiendo las líneas enemigas... [14] Lorenzo Montúfar describe así el episodio:

"...A las cuatro de la mañana Morazán salió de la plaza, por la calle de Guadalupe con más de 400 hombres. La caballería iba a la vanguardia abriendo calle a derecha e izquierda, y la infantería al mando del general Rivas ocupaba el centro, a la retaguardia. Morazán mandaba una línea y Cabañas otra. En cada bocacalle se daba una carga a las masas de hombres que cubrían las esquinas, y a la media cuadra se volvían caras para proteger a escape a la infantería en las otras esquinas, donde se ejecutaban iguales maniobras. Los encuentros eran sangrientos, los caballos pasaban sobre muertos y moribundos. Así pasó Morazán la primera y segunda esquinas, ya en la plaza de Guadalupe ninguno lo molestó. Las fuerzas de Carrera quedaban mutiladas y en desorden. Morazán aprovechó esos momentos para seguir su marcha por la Garita del Incienso hasta La Antigua. Los serviles no se imaginaron que Morazán había salido de la plaza. Lo creían cerca de ella y estrecharon el sitio. Sin embargo, los cachurecos, que estaban en el atrio de la Concepción, no avanzaban una pulgada, no abandonaban su muro. Uno u otro solía pasar corriendo a los umbrales de las puertas del frente para hacer fuego detrás de un parapeto. Morazán había mandado que no se contestaran los insultos, que no se peleara fuera de las trincheras, que se economizara parque, haciéndose fuego sólo cuando hubiese certeza de aprovechar los tiros. Estas órdenes tenían por fin que los cachurecos, después de la salida de Morazán, creyeran que las trincheras estaban defendidas, y así sucedió porque continuaron batiéndolas hasta que la luz del día les hizo ver que estaban desmanteladas, y entraron a la plaza sin dar cuartel a los heridos"

A las once de la mañana Morazán y los suyos llegaron a la Antigua y una multitud de aproximadamente seis centenares de hombres salió a su paso gritando: "¡Viva la libertad!" "¡Aquí están los vencedores del 29!"

Morazán reorganizó en esta plaza su maltrecha falange a la que puso bajo el mando de sus bravos compañeros de armas coronel Ignacio Malespín y comandante Bernardo Rivera Salazar. Después de un descanso de cuatro horas, el caudillo de la revolución democrática y sus soldados abandonaron la ciudad. En la tarde del 24 del mismo mes ingresaron en Ahuachapán, en donde permanecieron tres días recuperándose de su fatiga. El 27 entraron en San Salvador, que les

recibió en sus brazos como una madre, y mitigó su hambre y su sed y curó sus heridas.

Todos los serviles centroamericanos se encontraban de fiesta y se preparaban, de conformidad con la conjura que habían dispuesto, a dar en tierra de una vez por todas con el régimen democrático de El Salvador. Morazán —que había reasumido la dirección del gobierno en aquel estado— provocó una reunión de notables [15] para analizar el problema de una inminente invasión a territorio salvadoreño por parte de las tropas de Guatemala, Honduras y Nicaragua e, igualmente, para tomar la única medida, en aquellas circunstancias, capaz de impedir el inútil derramamiento de sangre.

Los enemigos de la unidad de la patria y su grandeza tomaron primero como arma de combate la reforma de las leyes —dijo Morazán —, y ahora es mi persona y mi presencia aquí en esta sección que tanto amo, la que les molesta y desvela... si por el firme propósito que siempre he tenido de sostener la unidad e integridad de la patria me he opuesto tantas veces a las miras y fines criminales de los reaccionarios, castigándolos con la derrota en tantos campos de batalla, ahora que solo mi persona parece ser el blanco de sus iras, no debo permitir, no, que de nuevo se sacrifique este pueblo valiente y abnegado, empurpurando con su sangre el suelo de la patria...

Seguidamente, el héroe de Las Charcas y San Pedro Perulapán depositó el poder en el consejero Antonio José Cañas y el ocho de abril de aquel año trágico abordó la goleta "Izalco" en el puerto La Libertad, sobre el océano Pacífico, con la proa dirigida hacia el mediodía.

Zarparon en la misma nave treinta y cinco de sus amigos que marchaban igualmente al exilio voluntario. Algunos de ellos, previa solicitud de permiso presentada por Morazán, desembarcaron en el puerto costarricense de Caldera; el resto continuó con el general hasta Chiriquí, en la Nueva Granada, donde éste se reunió con su familia.

Los centroamericanos que acompañaron al general Morazán en su travesía hacia el sur fueron los siguientes: José Trinidad Cabañas, Gerardo Barrios, Isidro Menéndez, José Miguel Saravia, Carlos Salazar, Nicolás Angulo, Pedro Molina, José Molina, Antonio Rivera Cabezas, José María Silva, Indalecio Cordero, Agustín Guzmán, Mariano Quezada, Cirilo Salazar, Dámaso Souza, Manuel Merino, Manuel Romero, Doroteo Vasconcelos, Diego Vijil, Miguel Alvarado Castro, Máximo Orellana, Enrique Rivas, Felipe Molina, Manuel Irungaray, Bernardo Rivera Cabezas, Máximo Cordero, Manuel Antonio Lazo, José Rosales, B. Rivera, Manuel Lara, Rafael Padilla, Felipe Tribal, Domingo Asturias, José Antonio Ruiz y José María Cacho.

VIII

Durante su permanencia en la ciudad de David, Morazán se dedicó al estudio de las ciencias políticas y sociales y muy particularmente a la rama específica del derecho público internacional. Aquí examinó las formas de gobierno que regían a los países de la América meridional, rectificó algunos errores suyos en política y en la carrera de la revolución, y comprendió la inconveniencia de proponer el modelo federal para la organización de la república centroamericana; modelo, por otra parte, totalmente desacreditado por la práctica. Llegó a la conclusión de que lo que más se ajustaba, en cambio, a la realidad de nuestros pueblos, era la estructura político-administrativa unitaria central.

A la vez que se entregaba al ejercicio de estas disciplinas mentales, dictaba a su hijo Francisco y al coronel Cruz Lozano sus Memorias y su Manifiesto al pueblo de Centro América [16] —presidido por un pensamiento de Montesquieu—: *cuando los traidores a la Patria ejercen los primeros destinos, el gobierno es opresor.*

También empleaba parte de su tiempo en leer y contestar el correo que recibía de Centro América, principalmente de Costa Rica, donde amigos y simpatizantes de su causa invocaban su presencia para que los ayudara a librarse del régimen dictatorial de Braulio Carrillo quien, enterado de estas peticiones, se dirigió al gobierno novogranadino demandándole la expulsión del jefe revolucionario, pero sin éxito.

Poco después de estos hechos, en el mes de septiembre de 1841, Morazán se embarcó en el puerto de Chiriquí con destino al Perú. Viajaron con él los generales José Trinidad Cabañas y José Miguel Saravia, el coronel Cruz Lozano y el joven José Antonio Ruiz, hijo del héroe. Al llegar a Lima, la capital peruana, Morazán fue objeto de amplias muestras de hospitalidad y afecto, asistió a los salones de selectas familias de la sociedad limeña, fue alabado por los papeles públicos de la ciudad y anudó lazos de fraternidad americana con relevantes personalidades del país, como el propio jefe del Estado, doctor Manuel Méndez, y el general José Rufino Echenique —más tarde presidente de aquella república—. Además, se reencontró con el también general Pedro Bermúdez, viejo amigo a quien conoció en Costa Rica a inicios de 1835, cuando éste se encontraba proscrito de su patria.

En las postrimerías de 1841, en los momentos mismos en que estaba a punto de salir de Lima con dirección a la república de Chile, Morazán recibió noticias de que los ingleses se habían posesionado de la hondureña isla de Roatán y costas vecinas del continente, al mismo tiempo que —su pretexto de proteger la tribu del estrambótico “rey de los mosquitos”, ocupaban por la fuerza el puerto de San Juan del Norte [17] en el Estado de Nicaragua. Entonces —dice el propio Morazán— “me decidí a unir mi suerte a la de sus defensores”.

Con este propósito se acercó a su amigo peruano Pedro Bermúdez a quien solicitó un préstamo en efectivo por la suma de 18,000 pesos para comprar armas y municiones, medicinas y abastos, lo mismo que para pagar el arrendamiento de la escuadra que había de trasportarlos a él y a sus amigos a las playas de Centro América.

Desembarcaron en el puerto de La Unión (El Salvador) en la madrugada del quince de febrero de 1842. El jefe revolucionario informó al comandante del puerto, José María Aguado, el propósito de su regreso. Seguidamente giró un comunicado al presidente salvadoreño, asegurándole que ni las persecuciones contra sus amigos ni las excitaciones continuas de los que eran perseguidos en el interior de la República [18], pudieron modificar la conducta neutral por él observada durante los veintidós meses de espontáneo destierro; y que ésta no habría cambiado de no presentarse una circunstancia en la que se encontraba comprometido el honor de la nación (refiriéndose a los cinco estados).

Más adelante, el prócer ofrecía el armamento traído del sur y sus servicios y los de sus seguidores "en concepto de soldados voluntarios". A renglón seguido pedía: "Señálenos el lugar que debemos ocupar y el jefe a quien obedecer, y la manera con que cumplamos las órdenes de los gobiernos de los estados será la mejor garantía de nuestras sanas intenciones, si con el honor puede conciliarse el sacrificio que se nos exija".

El gobierno salvadoreño contestó con excusas y falsas promesas. Pero cuando la parte políticamente más avanzada de la sociedad cuscatleca supo de la presencia de Morazán en el litoral, protagonizó diversas manifestaciones de solidaridad. Martínez López señala como la más importante de estas muestras la que se produjo en Chalatenango. Este autor ofrece en los siguientes términos un detalle de la conducta de los demócratas salvadoreños ante la visita del héroe:

Para evitar los partidarios de Morazán que los reclutaran en las filas contrarias, se retiraron de los poblados, encaminándose a la costa a aguardar que se acercara la flota de Morazán. El coronel Prado, con cerca de 100 salvadoreños, permaneció escondido en el volcán de San Salvador, dirigiéndose en seguida a la costa, a un lugar inmediato a la rada de Misata, donde aguardó con paciencia el regreso del General. Al fin de tanto esperar, lo divisaron a lo lejos, que iba con dirección sur. Entonces empezaron a hacer señales, hasta que los vieron. Uno de los cinco buques se acercó y envió unas lanchas para que los llevaran a bordo. Poco tiempo después todos estos soldados abrazaban a bordo de "El Cruzador", al inolvidable caudillo que tantas veces los había conducido a la gloria. Toda la costa de El Salvador era un solo cordón de gente que aguardaba ansiosa la pasada de Morazán, y por esta razón el General tuvo que ir recibiendo a bordo a aquellos valerosos patriotas.

Cuando estaba a punto de finalizar el mes de febrero, el ejército morazánico ascendía a los quinientos hombres en total y la oficialidad contaba con cuatro generales: Cabañas, Saget, Saravia y Rascón. La flotilla de la revolución democrática estaba constituida por dos bergantines: "El Cruzador", propiedad del capitán Roberto Marshall (en este velero Morazán había realizado la travesía de El Callao a El Salvador), y "El Cosmopolita" (cuyo dueño era el señor Juan B. D'Iriarte), y tres goletas: la "Josefa", la "Isabel II" (pertenencia de Isodoro Saget) y la "Asunción Granadina", (posesión del ciudadano Francisco Gravel).

IX

Durante todo el mes de marzo Morazán y sus hombres permanecieron en una isla del Golfo de Fonseca conocida por el nombre de Martín Pérez —pródiga en ganado y agua dulce— calafateando los buques, cazando, pescando, discutiendo asuntos de estado y realizando ejercicios militares.

El siete de abril la escuadrilla ancló en el puerto de Caldera y el jefe supremo divulgó de inmediato un manifiesto político dirigido a los costarricenses, que empezaba de esta manera: "Han llegado a mi destierro vuestras súplicas, y vengo a acreditaros que no soy indiferente a las desgracias que experimentáis. Vuestros clamores han herido por largo tiempo mis oídos, he encontrado al fin los medios de salvaros, aunque sea a costa de mi propia vida".

El dictador Braulio Carrillo (autotitulado gobernante perpetuo) fue informado del desembarco el día ocho. Llamó a las armas y ordenó al general Villaseñor —jefe del Estado Mayor— salir al encuentro de Morazán y batirlo. El once las columnas antagónicas se divisaron mutuamente, en el paraje o sesteo nombrado El Jocote, en la llanura que domina la orilla izquierda del río Itiquis. Hubo intercambio de correos y, como inesperada secuela, los comandantes de ambas fuerzas decidieron celebrar un convenio que pasó a la historia con el nombre de aquel paraje.

El documento —firmado en duplicado por los jefes y oficiales de las dos fuerzas— constaba de cuatro artículos que, en lo medular, disponían la reorganización del estado por una asamblea constituyente y el establecimiento de un gobierno provisorio ejercido por el general Morazán y en su defecto por Villaseñor. En lo que respecta a Carrillo, éste debería abandonar el territorio nacional en un término perentorio con la garantía de que su familia y propiedades en nada serían perjudicadas.

El convenio fue ratificado por Carrillo tan pronto le fue presentado por el general de brigada José Miguel Saravia, comisionado al efecto por los generales Morazán y Villaseñor, con algunas adiciones que fueron aprobadas al siguiente día en todas sus partes por estos jefes.

Morazán entró en San José el trece de abril en medio de un vehemente recibimiento popular, y una de las primeras cosas que hizo fue traer a Carrillo a la misma plaza pública y confiar al general Cabañas la misión de conducirlo —de conformidad con lo señalado en el artículo tercero del convenio— con una escolta al puerto de Puntarenas, en las orillas del Pacífico. Aquí el ex - dictador se embarcó con destino a Guayaquil, principal puerto ecuatoriano, famoso por haberse celebrado en él, en 1822, la conocida entrevista de San Martín y Bolívar.

De conformidad con las cláusulas del convenio suscrito en El Jocote, Morazán asumió funciones como jefe del Estado de Costa Rica el día catorce de abril con el ciudadano de origen guatemalteco José Miguel Saravia en calidad de Ministro general de su gobierno, quien en la misma fecha expidió un decreto de indulto que cubría todos los hechos políticos anteriores a dicha ley y aseguraba a los perseguidos el pleno goce de sus garantías individuales, sin distinción alguna ni otra diferencia que aquellas a que los hicieran acreedores sus méritos y servicios.

El gobierno revolucionario emprendió la tarea de reorganización del estado en todos sus ramos, pero dejando en pie las providencias y las leyes del régimen depuesto que no contradecían los principios y las miras del nuevo orden. Villaseñor fue nombrado jefe del ejército, entró en vigencia la Constitución Política de 1825 y una comisión de notables recibió el encargo de revisar y expurgar la legislación emitida durante la dictadura. Salvaguardada, aparentemente, la seguridad interior del estado, el caudillo de la revolución convocó a los pueblos para que reunidos en una asamblea de representantes decidieran su propia suerte. La asamblea fue instalada el diez de julio y de inmediato procedió a nombrar un jefe de estado en propiedad, pues sólo existía en forma provisional o provisoria, y Morazán resultó confirmado en el cargo. El día quince, el concilio decidió por unanimidad de votos conferir a Morazán el título de *Libertador de Costa Rica*. El favorecido —que podría ser calificado como el menos fatuo de los hombres— se abstuvo de imprimir, publicar y poner en circulación el decreto. En consecuencia, el parlamento dirigió un oficio al señor ministro general del gobierno para indicar, por su medio, al jefe del ejecutivo, que confiaba en que no se postergaría por más tiempo la divulgación del documento en referencia.

El veinte de julio la misma asamblea declaró que Costa Rica quería y se proponía la reorganización de la República de Centro América de la cual formaba parte, y que el ejecutivo quedaba facultado para obrar como lo estimara conveniente para la realización de aquellos altos propósitos.

Morazán se dirigió a los gobiernos de los estados centroamericanos, invitándolos a trabajar juntos en la forja de una patria grande, con un gobierno democrático, sólido y fuerte. Pero en respuesta sólo recibió las injurias de los sectores más atrasados de las disgregadas y minúsculas parcelas. Únicamente la opinión pública salvadoreña y nicaragüense, y especialmente de los granadinos y leoneses, estaba a su favor. Las masas populares guatemaltecas continuaban subyugadas por los curas y la mostrenca personalidad de Rafael Carrera, el sanguinario “caudillo adorado de los pueblos”, instrumento ciego de la aristocracia y la iglesia.

Este era el panorama de la región en aquella hora decisiva en que Morazán resolvió no esperar más y procedió a la organización del ejército expedicionario encargado de realizar por la vía armada —única posible en aquella circunstancia histórica— el proyecto político de la República Unida de Centro América.

Dispuso que los soldados que no quisieran continuar voluntariamente en la entidad castrense fueran conducidos por cuenta del gobierno a los puntos por ellos indicados, en consideración a los servicios prestados a la causa pública hasta esa fecha. También mandó reclutar a todos los individuos de catorce a cincuenta años capacitados para sentar plaza. En lo económico la empresa contaría con los aportes que obligadamente suministrarían los propietarios de fortunas en relación con el monto de sus bienes; y, además, con las contribuciones de las cofradías religiosas, intocables como las barbas del profeta hasta entonces.

Estas disposiciones, canalizadas mediante un acuerdo suscrito por el ministro general del gobierno, José Miguel Saravia, tuvo los efectos negativos que Martínez López describe de la siguiente forma:

El pueblo costarricense vio con desagrado las medidas un tanto severas que se dictaron, e instados por los serviles de Guatemala, quienes contaban en aquella sección con el clero, que tampoco omitió medio para hostilizar a Morazán, a fuerza de sermones y continuos trabajos, lograron los descontentos encender la tea revolucionaria en Alajuela, el 11 de septiembre. Florentino Alfaro, con más de 300 hombres que estaban listos para salir en el ejército expedicionario, se apoderó de ciento cincuenta quintales de pólvora y plomo que pasaban por allí con dirección al puerto de Puntarenas, y con estos elementos se alistaron para marchar sobre San José, donde desde su llegada atacaron en número de 400 a la Guardia de Honor de Morazán, compuesta de cuarenta salvadoreños, que resistieron por cuatro veces el ataque hasta que, por la tarde, fueron reforzados los sitiadores por 1,000 hombres de Heredia y Alajuela, empezando de nuevo el ataque con más furor [19].

La habitación del coronel retirado Antonio Pinto, de origen portugués pero casado con criolla, fue convertida, desde aproximadamente las seis de la mañana del domingo once, en cuartel general de los sediciosos. De ese lugar salió Domingo Carranza, nuero de Pinto, con órdenes de sublevar el batallón de doscientos soldados josefinos que se encontraban acuartelados en el Cabildo Municipal, como en efecto ocurrió.

Poco antes del estallido insurreccional, Saget había marchado al frente de dos centenares de hombres con rumbo al puerto de Puntarenas, para dirigirse de allí por mar a la vecina Nicaragua [20], con la mira de comenzar el rescate de la soberanía nacional y establecer el gobierno de la democracia en aquella porción de la virtual República de Centro América. Por esa razón Morazán, en este momento, sólo contaba con un contingente como de cuatrocientos efectivos.

No obstante, el jefe revolucionario confiaba en que podría sofocar el motín, y erróneamente varió su estilo en la forma de hacer la guerra: se mantuvo a la defensiva, creyendo que todo iba a quedar en los tímidos y esporádicos ataques de los milicianos de Pinto. Pero simultáneamente realizó una intensa actividad

diplomática, como se deduce de la correspondencia despachada al presbítero José Antonio Castro con la prisa de las circunstancias.

El lunes doce de septiembre, a las cuatro de la tarde, llegaron a San José el coronel Alfaro y la guarnición de Alajuela, y en ese momento comenzó el asalto al cuartel general de Los Almacenes, donde se encontraban los ciento cincuenta efectivos enviados por Cartago al mando del general Máximo Cordero, y muchos de los cuales desertaron en esta oportunidad. Cordero y el resto de soldados cartagineses leales buscaron refugio en el Cuartel Principal, cuyos portones le fueron abiertos personalmente por Morazán, a quien un balazo dirigido a Cabañas hirió en la mejilla izquierda. En la exaltación antimorazanista de las fuerzas del atraso, un oscuro médico francés, Víctor Castello, emparentado con el ex – jefe vitalicio de Costa Rica, Carrillo, recomendaba a los combatientes rebeldes el asesinato a sangre fría de la esposa y de los hijos del general Morazán, como consta en un testimonio del doctor Pedro Molina. La bárbara idea de Castello no se concretó, en parte gracias a la intervención de dos religiosos que hicieron ver a la tropa que este infeliz se hallaba completamente loco.

El martes trece de septiembre se libraron feroces combates en la manzana donde se encontraba ubicado el Cuartel Principal a cuyo edificio y casas aledañas —como escribe Zúñiga Huete— estaban reducidos los sitiados, 350 hombres a lo sumo, diezmados por la lucha y fatigados por la constante vigilia, forzado ayuno y carencia de agua [21]. Martínez López dice, en cambio, que toda la fuerza morazánica se componía, entre jefes, oficiales y soldados, de 40 a 50 hombres, pues los demás o habían muerto o estaban heridos. Perdida la esperanza de recibir auxilio por parte de Saget —que como hemos visto se encontraba en Puntarenas— Morazán intentó un arreglo digno y justo con Pinto, cosa que no sucedió porque sólo obtuvo garantías para su persona, a través del mencionado presbítero Castro, pero no así para sus compañeros. Entonces decidió romper el cerco de fuego en que se encontraban atrapados, y en el amanecer del día miércoles catorce encabezó la audaz acción, junto con Cabañas, Villaseñor y Saravia, en medio de un tiroteo extremo.

Cuenta José Antonio Vijil —protagonista de aquel terrible episodio[22]— que la salida del cuartel y aun abrir el portón principal del mismo eran hasta peligrosos porque hacía ahí se dirigían los tiros de cerca de un millar de combatientes enemigos que rodeaban la plaza y se encontraban apostados en los tejados, puertas, ventanas y calles. Morazán mandó que salieran primero los de a caballo y luego, bajo la protección de éstos, los de infantería. El escape era tanto más arduo cuanto que el enemigo había erizado el paso con toda clase de obstáculos: maderos, lazos, carretas, etcétera. Pero los fugitivos lograron lo que parecía imposible y tomaron la ruta de Cartago. En su recorrido encontraron muchas avanzadas de la insurrección, pero en una u otra forma las burlaron.

Cuando esa misma mañana llegaron a Cartago —contra el parecer de Villaseñor— éste, Morazán y Vijil se dirigieron de inmediato a la casa de Pedro Mayorga, comandante de armas de la plaza. Los dos primeros no bajaron de los caballos pero sí Vijil, para solicitar a doña Anacleta Arnesto, esposa del referido comandante, un poco de tabaco y comida porque durante los tres días de asedio en San José habían sufrido hambre y privaciones de todo género. Doña Anacleta, apresurada, atendió el pedido mientras decía, con vivas muestras de alarma “Váyanse, váyanse sin pérdida de tiempo, por favor”, desapareciendo en el interior de su vivienda. Mientras tanto, Morazán, afuera, llamaba a grandes voces a su amigo Mayorga, inútilmente. De pronto, en uno de los corredores apareció el ciudadano don Félix Espinosa, encargado de la exhumación de los restos mortales de un alto oficial del ejército peruano, el mariscal José de la Mar y Cortázar, ex – presidente de la República y veterano de las batallas de Ayacucho y Junín, donde peleó bajo las ordenes de Sucre. Muerto en el exilio, y sepultado en Cartago en 1830, el general Morazán deseaba repatriar sus cenizas, en cumplimiento de una promesa hecha al general Pedro Bermúdez, en Lima.

Dirigiéndose a Espinoza, Vijil le preguntó si conocía la causa de la tribulación de la dama. “Aquí se pronunciaron anoche contra el gobierno”, respondió aquel. Vijil se lo comunicó inmediatamente al general, quien indagó, con estupor: “¿Quién lo dice?”. “Don Félix”, contestó Vijil: “¡Pues monta y vámonos!”, ordenó con la rabia de saberse traicionado por alguien de su mayor confianza. No terminaba de pronunciar estas palabras cuando llegó una escolta a prenderlos. Morazán se desabotonó la levita y mostrando el pecho desnudo gritó a los soldados: “¡Tiren! ¡Quítenme la vida, pero no me entreguen a mis enemigos!” Pero los soldados de la escolta no hacían más que repetir: “¡Atrás! ¡Atrás!”.

Los prisioneros desmontaron, ataron las bestias en los horcones del corredor y entraron siguiendo órdenes de sus captores en una sala inmediata al zaguán. Vijil quiso sobornar al jefe de la escolta con diversos ofrecimientos para que les permitiera huir pero sin éxito. De pronto, el general preguntó, aunque lo sabía muy bien, “¿dónde están las bestias?” “En el corredor”, dijo Vijil. “¡Pues prepáralas y prepara también las armas para echarnos sobre la guardia!” (Extrañamente aún no se les había despojado de ellas). La escolta se encontraba en la puerta de la calle y Vijil, con todas las precauciones requeridas por la situación, salió de la pieza y soltó las bestias; pero cuando se disponían a montar y a forzar la escolta, se presentó el general Saravia en la casa. Esto lo cambió todo. Saravia, detenido de inmediato, informó que el general Cabañas se encontraba en las inmediaciones de la población con el resto de la fuerza. Las bestias, ya sueltas, se fueron a ramonear entre las yerbas del patio, y la guardia se plantó en la entrada de la pieza. Los reos comenzaron a esperar el ingreso liberador de Cabañas. Pero quien llegó, y solo, fue Francisco Morazán Moncada, para correr, dice Vijil, la misma suerte de su padre. El segundogénito del héroe comunicó que Cabañas había sido interceptado, a una cuadra de ahí por unos hombres que le indicaron que el

general Morazán había abandonado Cartago con dirección a Matina; pusieron a disposición suya una mula, dizque por encargo del propio Morazán, para que lo siguiera por aquel rumbo. Cabañas, ingenuo, ensilló la bestia y partió en el acto.

En ese mismo momento cada uno de los efectivos que acompañaban a Cabañas buscó por sí mismo el medio de ponerse a salvo, pues —según refiere Vijil— luego de vencer el reducto por el que también pasó el general Morazán, peleaban en franca desventaja con una fuerza de más de un millar de hombres que estaban a punto de darles alcance. Morazán Moncada era uno de los perseguidos, y cuando procuraba encontrar un asilo para salvarse supo de la prisión de su progenitor en la casa de Mayorga.

Este es, en resumen, el arduo parte rendido por el hijo del general. A continuación Vijil apunta, textualmente:

Pocos momentos transcurrieron sin que llegara la fuerza que nos perseguía de San José, vencedora y enfurecida porque venía de un sangriento combate. Al llegar a casa de nuestra prisión era una gritería: “¡Vivan los pueblos libres!”; el general Villaseñor impresionado cogió una pistola, y se la disparó en la cabeza, pero sólo dio fuego el tubo; ocurrió a la otra y con el general Saravia se la quitamos, contradiciendo el parecer del general Morazán que nos dijo: “¡Déjenlo, déjenlo!”.

[23]

Luego Villaseñor encontró en una cama un puñal que se había deslizado momentos antes de uno de los bolsillos de la ropa de Vijil. Con él se infirió Villaseñor dos profundas heridas cerca del corazón. Al frente, en un catre, yacía el general Morazán con el carrillo izquierdo ensangrentado a causa del balazo que estuvo a punto de arrebatarse la vida en San José, cuando abrió los portones del cuartel principal a sus partidarios cartagineses al mando de Cordero.

En la tarde de aquel mismo día, Morazán fue autorizado por el jefe de la escolta, capitán José Castro, para que pasara a la habitación aledaña, donde lo esperaba la dueña de la casa, doña Anacleto Arnesto Fajardo de Mayorga, dama honorable que al contrario de su marido, Pedro Mayorga, comandante de armas de Cartago, permanecía fiel a su viejo amigo, ahora en desgracia. “Pongo cuatro mozos, siete mulas y una talega de monedas de oro a su disposición para que escape, general —dijo la mujer, consternada y dolorida, pero resuelta—. Puede usted dirigirse a Matina, donde se encuentra el coronel José María Cañas, comandante del puerto. Éste le podrá ayudar, sin duda, a salir de Costa Rica”. Morazán rechazó el ofrecimiento, diciendo a su noble y valerosa aliada que él compartiría igual suerte con sus amigos. La dama palideció al comprender que nada podía modificar la trágica decisión tomada por el héroe. [24]

Serían las siete de la noche cuando entraron en la habitación unos soldados transportando grillos y cadenas. Se acercaron al general Morazán y procedieron a

colocárselos. Saravia pidió a Vijil le alcanzara los puros y el eslabón de pedernal que tenía sobre la mesa en que también se hallaban la humeante vela de cebo que los alumbraba con un débil resplandor y la urna funeraria con las cenizas del mariscal La Mar [25]. De niño, Saravia padeció de una grave enfermedad y como consecuencia de ella perdió parcialmente el uso de una de sus piernas. Frisaba en los 28 ó 29 años. Era un joven intelectual revolucionario ilustrado, sin otro vicio que el tabaco. Sus únicas pasiones: leer y escribir. En Lima, Perú, dirigió un periódico. Era nervioso de temperamento, pero valiente y firme en sus principios. El general Morazán lo quería como a un hijo.

Luego que Vijil se movió para atender la solicitud de su amigo según la versión conocida, Saravia aprovechó el momento para extraer (aunque no se ha establecido de dónde) un vasito de cristal con medio dracma de estircnina, que ingirió en el acto (versión que Vijil niega en sus Memorias) [26]; por eso, cuando le llegó el turno de recibir el ultraje de los grillos, comenzó a experimentar fuertes convulsiones, mientras exclamaba: "¡Mátenme, porque siento no sé qué cosas en el alma!" Vijil le dio unas fricciones en la nuca y lo cubrió con la capa personal del general Morazán, pero pronto advirtió que su hermano en ideales había exhalado el último aliento. El general se sintió muy afectado con la muerte de su joven ministro, y a lo largo de toda la noche pasó diciendo: "¡Pobre muchacho, pobrecito!".

Es de creerse —escribió Vijil— que un joven que jamás había experimentado el infortunio, no pudo soportar la escena ni el ultraje/.../ [27]

Llegado el nuevo día, que era jueves quince, los prisioneros fueron despojados de sus grillos y recibieron la visita de un sacerdote muy viejo, (el presbítero José Gabriel del Campo, vicario general con residencia en Cartago) que deseaba hablar a solas con el general Morazán para ofrecerle consuelos espirituales. Esto quiere decir, indudablemente, que aquel religioso sabía que sobre la cabeza de nuestro héroe pesaba ya la sentencia de muerte sin habersele juzgado. El anciano sacerdote parecía llevar dentro de sí un gran sufrimiento y difícilmente podía contener las lágrimas.

Poco más tarde, los reos fueron trasladados a San José junto con numerosos oficiales y soldados morazanistas —unos a caballo, otros a pie— que se encontraban detenidos en diversos lugares. Villaseñor era trasladado moribundo en una hamaca. La población de Cartago veía pasar, apesurada, aquel impresionante desfile sin dar crédito a sus ojos. El séquito entró en San José, pasado el mediodía, según Ortega. Los presos fueron llevados al edificio conocido como Los Almacenes. Poco después se le comunicó al héroe que esa misma tarde sería ejecutado sin juicio previo. Morazán pidió se le permitiera ver al general Mariano Montealegre y a su hijo Francisco. Ambos acudieron visiblemente consternados. "No se acongoje —le dijo Morazán a Montealegre—. Morir hoy o morir mañana, da lo mismo. El tiempo es corto, venga. Tengo que encargar a

usted algunas cosas". Cuando terminó su conversación con don Mariano, pidió se le proporcionara todo lo necesario para escribir, pues deseaba testar. En ese momento sólo su hijo Francisco lo acompañaba.

Cuando, concluida la redacción del inmortal documento, el Héroe caminaba hacia el cadalso, entre las muchas gentes allí reunidas reconoció a un joven con un cargo burocrático en el gobierno, y lo llamó con una señal para hacerle esta recomendación: "Guevara, vea que no se pierdan los papeles correspondientes a la cuestión inglesa". Finalmente, erguido ante el pelotón de fusilamiento, se despidió de Villaseñor, que se desangraba derrumbado en una silla pues no podía mantenerse de pie. Luego tomó el mando del pequeño grupo de fusileros alineados frente a sí. "¡Apunten!", ordenó; "baja tú, hijo, la puntería", corrigió a uno de los soldados. "¡Súbela tú, ordenó a otro". Hecho esto mandó, levantando la voz: "¡Fuego!". Villaseñor, que apenas respiraba, se deslizó de la silla y cayó exánime sobre la tierra impávida. El general Morazán, en cambio, incorporándose trabajosamente, gritó una vez más: "¡Acaben de matarme. Aún estoy vivo!".

X

Factores político-sociales diversos influyeron en el fracaso de la Federación de América Central y en la muerte, por asesinato, del general Morazán, y éstos pueden considerarse como de índole externa e interna. En primer término, se observa la debilidad de un grupo social avanzado ideológicamente, pero incapaz de dar un sentido nacional a su gestión política; en consecuencia, no logra constituirse en un poder con la suficiente fortaleza para modificar las estructuras coloniales frente a las llamadas "fuerzas disgregantes". Cada provincia del antiguo reino de Guatemala era campo de corrientes opuestas a la consolidación de la república. Resultaba lógico, entonces, el surgimiento de un período de anarquía expresada en un constante enfrentamiento entre liberales y retrógrados; o sea, entre los epígonos del nuevo proyecto político y los herederos y usufructuarios del obsoleto sistema colonial, cuya estructura administrativa aún perduraba.

La república abrió la posibilidad de liquidar los modelos impuestos por los peninsulares, pero ese anhelo exigía, para concretarse, condiciones y fuerzas sociales inexistentes en aquel momento; de ahí que al fugaz éxito reformista sucediera una reacción conservadora que negó todas las conquistas liberales y devolvió el poder económico y territorial al partido de los serviles —como entonces se decía— y a su aliada la iglesia católica.

A estos factores de carácter interno, los estudiosos añaden la acción de los "poderes disgregantes" de orden externo. En Centro América empiezan a asomar las orejas peludas de la diplomacia británica, interesada en controlar el comercio y la riqueza de las ex – colonias de España. Se ponen en juego desde entonces intereses estratégicos de naturaleza geopolítica, como el control de las comunicaciones interoceánicas y el predominio militar y comercial en el mar Caribe. El imperio británico primero y los Estados Unidos de América después presionan diplomática y militarmente para obstaculizar el proyecto unionista de la región.

La muerte por asesinato de Morazán fue el trágico corolario de ese nudo de factores, pero también intervinieron en ella elementos de índole subjetiva, como la falta de palabra y la cobardía de los liberales costarricenses que —como los liberales guatemaltecos en 1840— dejaron sólo al héroe.

NOTAS

1. San Juan de Flores en la actualidad.
2. Herrera casó con Micaela Quesada, hermana de la madre de Morazán.
3. Miguel R. Ortega, *Morazán ante la juventud*. Primera edición, Guatemala, 1991.
4. Angel Zúñiga Huete, *Morazán, un representante de la democracia americana*. Universidad Nacional Autónoma de Honduras. Segunda edición, Tegucigalpa, 1982.
5. Hacienda localizada en las orillas del río Lempa, corriente que nace en Guatemala, sirve de línea fronteriza entre Honduras y El Salvador y desemboca en el Océano Pacífico.
6. Morazán lo describe como un hombre sediento de sangre y de riquezas en su proclama a los salvadoreños del 30 de julio de 1839.
7. Zúñiga Huete, op. cit.
8. "Una fiera perfectamente organizada para combatir la libertad", según Álvaro Contreras, en su discurso del 15 de marzo de 1882, en la inauguración del monumento erigido a la memoria de Morazán, en San Salvador.
9. Sobrenombre del general Francisco Ferrera.
10. Uno de los apelativos que daban los retrógrados a Rafael Carrera.
11. Ortega, op. cit.
12. Ortega, op. cit.
13. Este notable instrumento forma parte de la documentación inédita que aparece en la obra *Morazán Laurel sin acaso*, de Ortega, Tegucigalpa, 1988.
14. En el *Manifiesto de David*, Morazán informa que evacuó la plaza de Guatemala "por falta de municiones y por no haber encontrado los auxilios que ofrecieron los liberales". También informa sobre este particular a su hijo Esteban, en carta fechada en David el 14 de agosto de 1840, cuando el joven descendiente del héroe seguía estudios en Inglaterra.
15. Eduardo Martínez López, en *Biografía del General Francisco Morazán*. Tipografía Nacional, Tegucigalpa, 1899.
16. Más conocido como *Manifiesto de David*.

17. La toma del puerto de San Juan del Norte fue realizada por el superintendente de Belice, Alexander McDonald, el capitán de la corbeta *Tweed* y el rey mosco, Charles Frederick, sometido al protectorado de los británicos. Ver Ortega, op. cit.
18. Es decir, Centro América en su conjunto.
19. Martínez López, op. cit.
20. Otra columna morazánica irrumpiría por tierra a través del límite fronterizo del departamento de Guanacaste. El coronel Cruz Lozano también se hallaba ausente en cumplimiento de una misión en Alajuela.
21. Zúñiga Huete, op. cit.
22. José Antonio Vijil, *Memorias*.
23. Ibidem.
24. Ricardo Fernández Guardia. *Cosas y gentes de antaño*, citado por Ortega en *Laurel sin ocaso*, notas al final del cap. III
25. Vijil. Ibidem.
26. Fernández Guardia, loc. cit.
27. Vijil. Ibidem.